

CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Dr. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezal, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Dr. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p., Dra. Isabel Pincemin

COMITÉ DE REDACCIÓN

*Prof. Carola Blaquier, Mons. Eugenio Guasta,
Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Brixen)*

Director y editor responsable: Dr. Luis Baliña

Vicedirector: Francisco Bastitta Harriet

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

- | | |
|--|--|
| | 3 Anuncio del Reino y conversión |
| <i>Alberto Espezal</i> | 5 La proclamación del Reino de Dios |
| <i>Marie France Begué</i> | 15 “Venga a nosotros tu Reino” |
| <i>Xavier Morales</i> | 25 ¿El Reino desde aquí abajo? |
| <i>Carlos Hoevel</i> | 39 Filosofía de la historia y Reino de Dios: Un diálogo con la filosofía judía del siglo XX |
| <i>Robert Slesinski</i> | 59 Alexander Schmemmann: La liturgia como Epifanía del Reino |
| <i>Marie-Christine Gillet-Challiol</i> | 67 El Reino de Dios según Kant |
| <i>Gerardo Tresca</i> | 79 Manifestaciones del Reino en la Argentina contemporánea |
| <i>Alberto Espezal</i> | 87 Julián Marías y el lenguaje del corazón |

JULIÁN MARÍAS Y EL LENGUAJE DEL CORAZÓN

IN MEMORIAM

*Alberto Espezel**

A un año de su muerte, recordando su valiosa contribución a la antropología filosófica del ser varón y el ser mujer, y desde esta Argentina que él quiso y comprendió en profundidad, a partir de amigos con quienes lo unía una amistad entrañable, nos gustaría recordar brevemente algunos textos suyos sobre el amor en nuestro tiempo, tomados del bello libro que nos parece siempre actual, “La educación sentimental” (Alianza, Madrid, 1993).

I. Marías describe las posibilidades vitales del amor y los riesgos de improvisación que conlleva, en tiempos de pedagogías apresuradas:

“He hablado de disfrutar los aspectos superiores que la vida ofrece: pero ello requiere las aptitudes y capacidades para gozar realmente de ellos. No basta que estén “ahí”: hace falta que estén “dentro” de cada uno, que puedan ser poseídos, asimilados, efectivamente vividos... Como todo se acelera ni siquiera se dispone de tiempo, necesario para la maduración personal; por eso hablo de improvisación, en el sentido más literal del término”(274).

II. El autor subraya una característica del amor contemporáneo: el primitivismo. Diríamos que para Marías primitivismo significa vuelta o retroceso a un estadio primario después de haber adquiri-

* Sacerdote, San Isidro, Miembro del consejo de redacción de la revista, profesor de teología.

do una sabiduría o un arte superior y más o mejor adecuado al desarrollo del amor. Esto conlleva la pérdida de un estadio que suponía una riqueza adquirida que era valiosa.

“Si se considera lo que frecuentemente se llama amor en la actualidad, se encuentra que apenas tiene que ver con él. Su rasgo principal es el *primitivismo*. Se da ese nombre a la sexualidad indiferenciada, múltiple, pasajera y *sin importancia*. Esta es precisamente la justificación que suele alegarse: “que no tiene importancia”, pero es la que la deja sin justificación humana, sin interés y sin valor. Lo que se considera “amor”, en la mayoría de los casos supone un mínimo de adhesión y apego, por lo cual no resiste la menor dificultad: los fracasos “amorosos”, en el matrimonio o fuera de él, son de tal frecuencia que ponen en cuestión su carácter y contenido. Tales relaciones parten de un “afán de independencia” en lo que tiene que ser radical dependencia mutua, que brota del ejercicio de la más honda libertad personal. Las relaciones “amorosas” en nuestro tiempo se mantienen por lo general a una gran distancia personal; la mayoría de ellas son mucho menos íntimas que una amistad intensa. Finalmente, se ha eliminado el sentido de lo *irrevocable*, que, aparte de pertenecer a la vida humana en su conjunto, es intrínseco al amor, sea cualquiera su destino real; quiero decir que, si no “se siente” irrevocable, no es *amor*”(276).

El máximo primitivismo es la limitación a la fisiología (a la química, suele decirse), sin intervención de lo estrictamente personal, que es siempre lo decisivo, si se trata de amor. En él, lo sexual está en íntima conexión con la persona, que ha de ser imaginada, contemplada, interpretada, en suma, amada. El erotismo es algo bien distinto de los mecanismos anatómicos y fisiológicos que están a su servicio o son sus instrumentos. La visión “zoológica” del amor humano, tan difundida hoy, no sólo es destructora para el amor, sino que es una grave amenaza para la carnalidad (verdadera) de la persona (278).

III. Marías describe el mutuo conocimiento dialogal como una suerte de camino o expedición mutua o recíproca hacia las profundi-

dades insondables del otro, que siempre tiene realidades nuevas que ofrecer:

“Lo propio de la intimidad es no ser nunca enteramente manifiesta –íntimo es el superlativo de interior-. Se siente amor por la mujer que se “asoma”, se muestra ella misma pero no íntegramente, invita a entrar y ver cómo es por dentro. Se ha dicho, y con razón, que la suma delicia para el hombre es ver cómo la mujer se va manifestando, descubriendo, revelando su intimidad, hasta llegar a acoger en ella al varón en su propia personalidad. Pero este proceso no termina con esa apertura, sino que se prolonga indefinidamente en una exploración que no tiene por qué acabar, que lleva de descubrimiento en descubrimiento...

En esa expedición hacia las profundidades personales (del otro) no falta nunca una impresión de *misterio*, que es la cara positiva de la fascinación mecánica que tantas veces se confunde con la atracción amorosa (279).

Resulta innecesario mostrar que el mutuo conocimiento requiere tiempo y una cierta maduración que acompañe el ritmo propio con el ritmo del otro, en una suerte de acompasamiento del otro, que se funda en el respeto y la acogida. Por supuesto que esta “expedición” es mutua o recíproca: a su modo, diverso, también el varón es misterioso e inabarcable para la mujer, y ello es característica propia de toda relación interpersonal.

IV. El autor retoma un concepto tratado largamente en otra obra suya: la ilusión, con lo que tiene de anticipación y de esperanza, de confianza y de crédito abierto y permanente a la otra persona:

“La ilusión tiene una importancia decisiva. Es siempre anticipación, realidad presente pero vuelta al futuro, proyectiva, deseo con argumento, complacencia que no termina ni se sacia (280).

Uno agregaría que la ilusión se basa en la confianza, y en una confianza abierta al futuro. En una disposición permanente de darle crédito –en sentido lato - al otro. Dicho más teológicamente, confian-

za en el otro al mismo tiempo que confianza en Dios, que nos sostiene a ambos: alianza conyugal sacramental sostenida en la Alianza Nueva, sellada en la Cruz-Resurrección de Jesucristo.

V. En continuidad con su análisis de las formas literarias del amor en el pasado, Marías subraya la centralidad del lenguaje del amor:

"El amor consiste principalmente en el mutuo *decirse*. Por supuesto mediante la palabra –hay que desconfiar de todo amor taciturno- pero también en el silencio compartido, en la mutua presencia, en la caricia, en el acto sexual cuando acontece entre dos personas insustituibles... Habría que hablar de *darse y recibir*... Y, frente a toda fusión, *la presencia y la figura* que, como sabía san Juan de la Cruz, es lo único que cura la dolencia de amor. Es decir, la situación en que, lejos de fundirse o confundirse los enamorados, están mutuamente presentes en su irreductible realidad, en su figura amada, de la cual se puede participar en esa proximidad que no anula la distancia, que por eso puede mantenerse a lo largo de toda la vida y que remite al deseo y la esperanza de la otra inacabable. Por eso la razón más profunda del desinterés de tantos hombres de nuestra época por la perduración de la vida tras la muerte es la pobreza de su amor, el desconocimiento de lo que es amor en el sentido radical de la palabra, que no admite la posibilidad de que se extinga, y por tanto reclama la pervivencia de las personas que lo realizan" (280-281).

Como vemos, Marías subraya la importancia del lenguaje del amor. Y ve consecuentemente la esfera de la sexualidad al servicio de este lenguaje expresivo del amor. Aquí habría que profundizar en el tema del diálogo conyugal (y también pre conyugal). Marías ha dicho con lucidez que hay que desconfiar del amor taciturno. La apertura mutua pide el mutuo asentimiento de amor expresado en los mil registros de expresión afectiva que el ser humano tiene, y que la cultura ambiente tiende a veces a ignorar empobreciendo en forma aguda el fenómeno riquísimo del amor y del enamoramiento. Y esto en el vaivén de una vida cotidiana y de una alianza que hay que renovar

cada día, alianza naturalmente no exenta de crisis y dificultades de todo tipo. Habría que repetirlo: la expresión afectiva del donar y el recibir, del decir y el escuchar, es un lenguaje muy rico de registros y de modulaciones, lenguaje donde la sexualidad ocupa un lugar privilegiado como culminación de un diálogo previo necesario que no ha de ser obviado ni bloqueado. El diálogo sexual es visto así como actualización de un lenguaje de amor. Dicho con otras palabras, el encuentro sexual tiene su tiempo y momento, culminante, que no ha de bloquear la expresividad dialogal previa, que lo sostiene y le permite su verdadera plenitud y hondura.

“Ahora comprendemos plenamente cómo la palabra es vehículo de la relación amorosa, y por tanto la importancia decisiva del lenguaje amoroso, que sirve a la necesidad de decir y decirse sin término, en una aproximación indefinida que se nutre de esa comunicación, mediante la cual se intenta el trasvase de dos intimidades que nunca dejan de serlo, porque la dualidad es absolutamente esencial en el amor” (281).

Retengamos la afirmación del autor que el amor verdadero remite al deseo y la esperanza de la otra vida inacabable, y su observación sobre que la pérdida de la convicción de tantos contemporáneos nuestros en una vida más allá de la muerte es consecuencia también de una falta de experiencia verdadera de amor interpersonal.

En relación con la vida más allá de la muerte, en una entrevista realizada por el publicista francés Christian Chabanis a raíz de la muerte de su mujer, Lolita, responde Marías:

“Siento una tristeza por ella, por su vida quebrada aquí, en el mundo. Yo amaba tanto su vida de aquí, su vida en este mundo, que no me consuelo que se haya interrumpido, que no haya continuado. Pienso siempre en la vida cotidiana, en la más prosaica de todas las vidas. Por ejemplo, tengo una suerte de recuerdo infinitamente vivo de mi mujer cuando hago cosas completamente ordinarias, como, volviendo a casa, encontrarla cuando yo llegaba. O, cuando teníamos un *rendez vous* en un rincón de la ciudad y yo llegaba siempre con la

misma emoción de antes de nuestro matrimonio. Siempre. Había una suerte de deslumbramiento en el volver a verla, incluso si la había dejado media hora antes. Es en primer lugar su vida, la pérdida de su vida, que me es absolutamente penosa. Y luego se da, naturalmente, mi soledad, es decir, el hecho de no poder hablarle más, ni estar con ella todo el tiempo. Siento siempre ese impulso, incluso ahora cuando ya han pasado tres años desde que ha muerto, cuando me ocurre algo o alguien que encuentro en la calle, querría contarle: “voy a contar esto a Lolita”. Un minuto después reflexiono: ¡naturalmente no es más posible! Pero tengo absolutamente la necesidad de compartir con ella todo lo que queda de mi vida.

Por un lado es una ausencia absoluta, radical. Y es la soledad más terrible, ya que la soledad es siempre, diría, en el sentido de la fenomenología, una soledad intencional. No se está solamente solo: se está solo de alguien. Se puede estar solo de todo el mundo, en la soledad absoluta. Pero si los otros no se encuentran presentes, no se está solo sin embargo: no es sino una suerte de soledad abstracta. La soledad real es siempre soledad de alguno o de algunos. Mi vida se ha convertido en la forma más aguda de soledad, porque tenía “la compañía” en un grado que es, creo, muy poco frecuente. Era una vida absolutamente compartida, era nuestra vida. No tenía una vida mía: mi vida era “con”. Vivía todo con ella. Absolutamente, amaba todo el mundo con ella...

Se trata de algo absolutamente diferente, porque tengo la impresión de estar como disminuido en mi realidad. No soy más que la mitad de mí mismo. Todo lo que hago no lo hago sino con la mitad de mí mismo. Es incompleto. Es imperfecto. Es de mala gana” (Ch.Chabanis, *La Mort*, 1982, pp.297-298.300).

VI. El autor considera el amor como asentimiento al otro como el otro es (es bueno que existas: Pieper):

“En su realidad temporal, a lo largo de la vida... el amor consiste muy principalmente en *dejar ser*. Esta es la raíz de su imprescindible *respeto*, compatible con su avidez que llega hasta la

insaciabilidad de la que acabo de hablar. El que ama necesita tanto a la persona amada, que tiene que dejarla ser lo que es, lo que tiene que seguir siendo...”(282).

El respeto es de algún modo pasivo: no avasalla, escucha, percibe, deja que el otro pueda expresarse y explayarse. Se trata de asentir, aceptar y asumir al otro (cargar, encargarse) como el otro es. Y desde su ser varón describe el ser persona femenina en su presencia y en su gracia:

“La mujer está presente, disponible, próxima, hospitalaria, sin sequedad, con tiempo para todas las maduraciones requeridas, con los recursos intelectuales para poder de verdad asistir a la otra vida, comprenderla, participar en ella” (283).

Concluimos de este modo estas breves reflexiones de Marías que lo muestran como un verdadero testigo experiencial y sabio (de *sapere*, sabor) del amor interpersonal entre varón y mujer. Enumeremos con él rasgos fundamentales del amor humano

Ante todo se trata de una realidad personal, interpersonal, que pone en juego la misteriosa profundidad de las personas de un modo que las engloba en toda su realidad y en el decurso de su propia historia de fidelidad y confianza, y de allí su carácter insustituible y su vocación de permanencia, aún más allá de la muerte.